



Universidad de Valladolid

Facultad de Filosofía y Letras

Grado en español: lengua y literatura

Novela y turismo durante el franquismo:

Análisis comparado de *Torremolinos Gran Hotel* (1971), de Ángel Palomino, e *Hijos de Torremolinos* (1971), de James A. Michener

Carla Nanclares Domínguez

Tutor: Teresa Gómez Trueba

Departamento de Literatura española. Teoría de la literatura, y literatura comparada.

Curso: 2021-2021

Resumen:

La presente investigación trata de analizar los mayores puntos de contraste que se dieron entre la población extranjera y la población hispana, cuando se vieron obligadas a entrar en contacto por la enorme colonización turística llevada a cabo en la Costa del Sol, durante el franquismo. El análisis será realizado a partir de dos novelas, una nos dará la visión extranjera, *Hijos de Torremolinos* (1971), de James A. Michener, y la otra nos dará una visión autóctona, *Torremolinos Gran Hotel* (1971), de Ángel Palomino.

Palabras clave:

Hispano, extranjero, novela española del Franquismo, turismo, Costa del Sol, *Hijos de Torremolinos*, *Torremolinos Gran Hotel*.

Abstract:

This research attempts to analyse the major points of contrast between the foreign population and the Hispanic population, when they were forced into contact by the enormous tourist colonisation carried out on the Costa del Sol, during the Franco regime. The analysis will be carried out on the basis of two novels, one will give us the foreign vision *Hijos de Torremolinos* (1971) by James A. Michener and the other will give us an autochthonous vision *Torremolinos Gran Hotel* (1971) by Angel Palomino.

Key words:

Hispanic, foreigner, Spanish, tourism, Costa del Sol, Spanish novels of the Franco regime, *Hijos de Torremolinos*, *Torremolinos Gran Hotel*.

Índice

Introducción.....	4
1. La alteridad del yo en la literatura de viajes.....	5
2. ¿El turismo fue un gran invento?.....	8
3. La invasión turística en la novela española durante el franquismo.....	13
4. Dos novelas sobre el turismo en Torremolinos.....	16
4.1 James A. Michener y su pasión por España.....	16
4.2 Ángel Palomino, el novelista que promocionó el turismo español....	19
5. Análisis comparativo sobre la dualidad hispano/extranjero.....	22
5.1 Mirada extranjera ante la población española.....	22
5.2 Mirada hispana ante la población extranjera.....	27
5.3 Contraste moral entre poblaciones.....	32
5.4 Los Sanfermines como punto de contraste.....	38
Conclusión.....	40
Bibliografía.....	42

Introducción

El turismo, hoy en día, es algo totalmente introducido y normalizado en nuestra sociedad, y más aún desde la perspectiva española, pues hablamos de un país en cuya costa podemos encontrar ciudades que viven enteramente de la llegada de turistas. Sin embargo, hubo una época, no tal lejana, en la que hacer viajes con el único fin de divertirse o disfrutar era algo muy poco común, un lujo solo para aquellos que podían permitírselo.

Con la llegada de la revolución industrial y la creación de múltiples y diversos medios de transporte como el ferrocarril o el avión, la comunicación entre países se facilitó mucho y dejó de ser algo a lo que solo los más ricos tenían acceso, para convertirse, poco a poco, en lo que hoy conocemos como turismo. Pero el caso de España es un tanto particular, además de sufrir un retraso en su desarrollo en comparación con el resto de sus países vecinos, en 1939 entra en una dictadura militar que mantendrá al país en una autarquía durante años. Hasta los años 60 el país no abrirá las puertas a la explotación turística, y cuando lo hace se percibe una notable diferencia entre la sociedad española que había vivido aislada y el resto de países tanto europeos como americanos, que navegaban desde hacía décadas en la libertad y la modernidad.

Dicha diferencia que mencionamos será la guía del presente trabajo, pues gracias a ella podemos establecer el objetivo principal, mostrar la impresión que podían tener los extranjeros de la sociedad española al llegar al país para disfrutar de sus playas y su buena temperatura, y viceversa, la visión de los españoles hacia los turistas que llegaban a España. Una vez extraídas estas visiones se procederá a su análisis con el fin de establecer las diferencias que podría haber entre ambas sociedades evolucionadas en ambientes políticos tan diversos como son la democracia y la dictadura. Utilizando siempre como herramienta para el análisis el turismo.

La investigación usará como base dos importantes novelas publicadas en los años 70, una de ellas *Hijos de Torremolinos* (1971), escrita por el americano James A. Michener, nos ayudara a comprender mejor la mirada extranjera respecto a los españoles y a por qué elegían España para dar rienda suelta a su disfrute. La otra novela, *Torremolinos Gran Hotel* (1971), de Ángel Palomino, nos proporcionará un enfoque contrario, desde la visión española estudiaremos cuáles son sus opiniones respecto a los numerosos extranjeros que llegaban a sus costas diariamente.

1. La alteridad del yo en la literatura de viajes

El ser humano ha sentido la necesidad de conocer las nuevas realidades que se despliegan a su alrededor desde siempre. Y para saciar esta sed de conocimiento surgen los viajes, los movimientos que nos permiten descubrir esas nuevas realidades que por encontrarse lejanas aún no hemos podido conocer. La literatura como arte o como forma de comunicación es algo que acompaña al hombre desde hace siglos, y una buena fuente de inspiración para la literatura han sido los viajes. Juntos nos han dejado ejemplos desde la antigua Grecia como la gran *Odisea*, donde se narran las aventuras vividas por Odiseo en su largo viaje de vuelta de Troya. O, sin ir tan lejos, nuestro preciado *El Quijote* de Cervantes, donde el desencadenante de la historia es el viaje que emprende el protagonista.

Según Noelia Ibarra y Josep Ballester en su artículo “Escenarios textuales de la alteridad: literatura y viaje”: “por definición la literatura de viajes se centra en la extensión de los límites conocidos hacia nuevos parajes, historias y seres” (2011, 128-129). Por lo tanto, podríamos decir que esta literatura nos ha mostrado desde entonces la dualidad que se plantea a partir de la comparación de diversos escenarios en contraposición, como puede ser el nosotros frente al ellos, lo propio y lo ajeno, el mundo de lo conocido y el mundo de lo desconocido. Cuando los personajes entran en contacto con las realidades desconocidas hasta el momento, es cuando nos quedan claras las diferencias existentes entre sociedades y culturas. Esto lleva a que esos mismos personajes comiencen a extrañarse, a analizar su situación y sus vivencias. La contraposición de estos dos contextos va a conllevar una transformación en ambas partes, es decir, no solo el viajero se cuestionará sus experiencias, sino que la cultura receptora también sufrirá una evolución.

De este intercambio no solo los personajes obtienen un conocimiento, gracias a lo que Bajtín llamaba “extraposición” (2000), sino que también el escritor será capaz de compartir ese conocimiento o la vivencia de los personajes con el propio lector. Este concepto de extraposición para Bajtín es la capacidad de un autor de evadirse de su mundo para introducirse en el de su propia obra y analizarla internamente. Una vez realizado este ejercicio el artista puede retomar su mirada externa, pero esta vez ya no regresa al mismo punto desde el que comenzó su análisis, sino que su visión ha cambiado y tiene la capacidad de situarse en la frontera, que según Malcuzyński no

significa encontrarnos en un lugar neutro o indeterminado como la propia palabra “frontera” podría indicarnos, más bien todo lo contrario, es un lugar de convergencias múltiples y multidimensionales. Pues implica que ahora el artista tenga un conocimiento superior de sus personajes, mediante el cual, es capaz de construir un perfil y una vida para sus protagonistas, y con ellos, transmitir esos nuevos conocimientos al lector.

Sin embargo, el proceso de extraposición no es un concepto aislado a escritores y artistas, sino que es un proceso que cualquiera de nosotros pone en práctica cuando intentamos construir nuestra propia identidad. En primer lugar, daremos una definición de identidad. Para Charles Taylor es “la interpretación que hace una persona de quien es y de sus características definitorias fundamentales como ser humano” (2001, 43). Además, afirma Taylor que es a partir de nuestra identidad como nuestros gustos y deseos, opiniones y aspiraciones adquieren sentido. Y es algo claro que nuestros gustos, opiniones, creencias, aspiraciones en la vida van a conformar quienes somos, y también como nos dejamos conocer por el resto de la sociedad. Por lo tanto, podemos declarar que las relaciones sociales llevan consigo cambios y movimiento en el ser.

El hecho de referirnos a la identidad como algo que cada sujeto construye no significa que seamos nosotros solos, con nuestro propio trabajo, quienes demos sentido a dicha identidad. Sino que, tal y como confirma Malcuzyński “el sujeto siempre es el producto de su interacción con otros sujetos” (2006, 26), es decir, yo como individuo soy capaz de construir mi identidad solo por medio de mis relaciones con otros o de someterme a mí mismo a un diálogo interno. La comunicación, ya sea con otro sujeto o con uno mismo, no va a ser nunca un mero mensaje, es la manera que tiene el hombre como ser social de poner sobre la mesa su conocimiento, y con el contraste que se produce ante el conocimiento del otro individuo conseguir afirmar o remodelar dicho conocimiento. Y de la misma manera que construimos nuestra identidad gracias a la mirada del otro, nosotros también contribuimos a la formación de la identidad del otro. Si algo podemos obtener en claro de esta reflexión es que casi cualquier tipo de relación del sujeto con el mundo exterior implica un cambio para la formación del individuo, y por lo tanto, en el sujeto hay un aprendizaje y un desarrollo del yo constantes.

El esquema resultante de las relaciones del yo consigo mismo, y de ese yo con el otro, sería para José Alejos García algo así como “yo-para-mí, yo-para-otro, otro para mí” (2006, 53). De esta manera, nos dice que estamos ante una identidad construida por

la alteridad, es decir, la alternancia de la perspectiva propia por la del otro. Advertiremos esta alternancia más en profundidad durante el análisis de las obras, pues al leerlas seremos testigos de cómo la cultura española absorberá por completo los gustos de las culturas extranjeras en las zonas turísticas, con el fin de hacer aún más apetecibles estas zonas.

Me gustaría mencionar de nuevo a José Alejos García, quien nos explica que una de las características más importantes de la identidad es distinguirse del otro, crear esa dualidad entre nosotros y ellos, lo propio y lo ajeno (2006, 57-58). En ocasiones esos puntos que nos van a diferenciar pueden llevarnos a un pensamiento de superioridad sobre el otro. Es así como se han desarrollado los grupos dominantes que tienden a afirmar su hegemonía dando una imagen inferior de sus sometidos. Dicha hegemonía de una cultura sobre otra o de unas sociedades sobre otras es algo que vemos también en otras épocas pasadas, desde las guerras religiosas en la Edad Media, el racismo contra las personas de color o el machismo, todos ellos desencadenados por un sentimiento que nos impulsa a dejar claro que somos superiores al otro y, por tanto, podemos dominarlo. Un ejemplo más de esta dominación se tratará en el cuerpo de este trabajo. A medida que avancemos en el análisis de las novelas, comenzaremos a distinguir ese contraste entre sociedades, y veremos cómo una se impone sobre la otra.

Con el paso de los años, el mundo ha sido testigo de cómo las sociedades se vuelven cada vez más multiculturales. Casi cualquier sociedad actual está totalmente abierta, tanto a la recepción de culturas nuevas como a la exportación de la suya propia hacia nuevas localizaciones. Hoy en día, podemos hablar, tal y como hace Taylor en su ensayo, de sociedades porosas y acostumbradas a que sus miembros lleven la vida de la diáspora, dejando su lugar de origen por una nueva disposición geográfica.

Sin embargo, para llegar a esta apertura multicultural, no todos los países se desarrollaron al mismo tiempo. En este trabajo veremos cómo comienza a desarrollarse de nuevo esta multiculturalidad en un país como España, en el que la apertura de fronteras comenzaba a crecer después de un periodo de incomunicación en su historia. Y a raíz de esta nueva entrada de culturas, veremos también cómo afecta a una sociedad en formación el contraste con una cultura bastante más desarrollada ideológicamente.

2. ¿El turismo fue un gran invento?¹

A medida que crecía el turismo, se hacía necesaria la creación de lugares donde llevar a cabo esta novedosa práctica. Y no cualquier lugar era válido, era necesario ofrecer a los turistas un lugar donde poder desayunar con vistas al mar y pasar el día entero en la playa, ligeros de ropa, con la única preocupación de tener que cubrirse del ardiente sol. Descripción con la que la Costa del Sol española se asociaba a la perfección. Pero, ¿quién fue el primero en percatarse de esto? ¿Quién decidió convertir las ciudades de la Costa del Sol en lo que son hoy en día?

En 1943, nos dice Juan Bonilla que “Ricardo Soriano, marqués de Ivanrey, descubrió el sol” (2007, 31). A la vuelta a España de uno de uno de sus viajes a Tánger, Soriano decidió hacer una parada inesperada en casa de una amiga, una casa muy bien situada en plena costa, la Costa del Sol. Y fue aquí donde descubrió el sol y todos sus beneficios. Se dio cuenta de que el sol era capaz de aliviar y fortalecer el espíritu de la gente al mismo tiempo, y decidió compartir este descubrimiento con sus amigos. Su situación económica privilegiada le permitió hacer de este lugar su residencia fija. Compró 15 hectáreas de tierras y dedicó día y noche a la proyección de su nuevo hogar. Mientras idealizaba su sueño, tuvo la idea de dividir el terreno en parcelas, situó su palacete en el mejor lugar y lo rodeó de bungalows para sus invitados y clientes. Lo que podríamos interpretar como el primer hotel de lujo de la costa.

Era un tanto arriesgado el sueño del marqués, pues todo el mundo sabía que en esa época la gente de posición elevada veraneaba en el norte de España. En palabras de Bonilla: “El sur era pobre y de mal gusto. Daba los mejores criados y los peores señores, eso lo sabía todo el mundo” (2007, 36). Y es que debemos recordar que Marbella, el pequeño pueblo en el que Soriano había decidido desarrollar su idea, era como cualquier pueblo español de la posguerra, pobre y estructurado sobre las más estrictas y tradicionales normas sociales impuestas por el régimen de Franco. Pese a todo esto, la construcción de Soriano estaba lista para abrir sus puertas en 1945, y las amistades de este no tardaron en llegar para ver su obra. Sin ellos, el sueño de Soriano se habría quedado en poco más que eso, un sueño. Su presencia allí y el boca a boca, dieron a conocer este nuevo descubrimiento. Grandes nombres de la época, nacionales e

¹ Con el título del epígrafe queremos hacer referencia a la popular película *El turismo es un gran invento* (1968), de Pedro Lazaga.

internacionales, comenzaron a dejarse seducir por el ofrecimiento de Soriano, el lujo, el sol, el mar, grandes fiestas y bellas mujeres les terminaron conquistando. La gente con dinero atraía a más gente con dinero, y para mantener esa gente adinerada era necesario traer entretenimiento, lo que atraía cada vez más y más personas que enriquecían la zona. Esto fue solo el comienzo del crecimiento turístico que se desarrollará a lo largo de la Costa del Sol, pueblos como la mencionada Marbella, o Torremolinos, donde se desarrollan las novelas analizadas en este trabajo, se acabarán convirtiendo en centros neurálgicos del libertinaje, donde no había prohibiciones y se dejaban de lado las pesadas costumbres sociales y religiosas.

Drogas, alcohol y sexo, se convirtieron en los tres pilares de vida en la Costa del Sol. Los ricos y famosos que venían a la costa a gastarse sus fortunas, atrajeron a más gente menos rica y famosa, pero con ansias de vivir eso mismo que veían reflejado en revistas, panfletos y carteles publicitarios. Los países nórdicos se llenaron de propaganda que dejaban muy claro “lo baratas que estaban las caderas y los labios en el Sur de España” (2007, 84). Como es sabido, la juventud es sinónimo de disfrute, de ansia por vivir el presente y exprimirlo al máximo, buscando atrapar en la memoria los mejores recuerdos posibles para no tener que arrepentirse el día de mañana. Por esta misma razón, miles y miles de jóvenes de todas las partes de mundo acudían a la Costa del Sol, pues era considerado en ese momento el lugar donde se podía vivir la vida verdadera, centrada en el disfrute y la libertad.

Como todo, este boom turístico también tenía su cara B, y es que tal y como afirma Bonilla, la Costa del Sol empezó a caricaturizarse “por esa ley no escrita que dice que toda fiesta excesiva termina y que deriva o bien hacia la tragedia o bien hacia el esperpento” (2007, 19). Hablamos de un mal gusto con varias caras, pues la zona se llenó de gente con diversas aspiraciones: quienes solo querían disfrutar y vivir, gente de negocios, pícaros que quería aprovecharse de quienes tanto dinero traían, y gente que solo quería tumbarse al sol y lucirse. Esta mezcla multitudinaria de personas atrajo a muchos trepas dispuestos a sacar partido de las grandes cantidades de dinero que se manejaban, y consiguieron vender al exterior la afirmación de que para ser alguien debías estar en la Costa del sol. Y fueron muchos quienes cayeron en la trampa, quienes se convencieron de que era toda una suerte cenar en el mismo restaurante que algún famoso había pisado la noche anterior.

Por otro lado, la idea que se había creado de la Costa de Sol en la mente de la gente, era la que los panfletos reflejaban, un lugar con playas infinitas, buen tiempo y un servicio de lujo; sin embargo, con el tiempo fue obvio que la realidad que la zona ofrecía era otra muy diversa. Las playas estaban atestadas de gente, el calor en verano era sofocante y la calidad de los hoteles dejaba bastante que desear. Se llegó a cierto punto en el que era innegable lo que nos dice Bonilla: “la calidad había sido ya sacrificada por la cantidad” (2007, 85).

Esta cantidad no estaba estropeando solo la calidad del servicio hacia los clientes, sino que estaba transformando por completo el perfil del litoral sur de España. La velocidad con la que pequeños pueblos pesqueros, como los que en su día fueron Torremolinos, Marbella o Benidorm, estaban creciendo era asombrosa. Cientos de hoteles se comenzaron a levantar en estos centros turísticos, sin ningún tipo de reparo en destrozarse cualquier vista o paisaje natural a su paso. El único fin de estas masivas construcciones, era que cada uno de los constructores que ponía en marcha uno de estos hoteles sacara su provecho económico. Tal y como explica Juan Bonilla: “Las ciudades de la Costa del Sol se estaban convirtiendo en espejos en los que se reflejaba el futuro: la globalización estaba ensayándose allí con innegable ímpetu y succulentos resultados” (2007, 86).

Dentro de una España empobrecida como la que nos encontramos durante los años del boom turístico, podríamos pensar que había algo de positivo en las cuantiosas cantidades de dinero que estas construcciones podían dejar en el país; sin embargo, nada más lejos de la realidad. Pues todos aquellos inversores que decidieron sacar provecho de la situación eran extranjeros, convirtiéndose estos en los únicos beneficiarios realmente. No se puede negar que estos hoteles proporcionaron mucho empleo a la población autóctona, pero también se debe tener en cuenta la cantidad de empleos que arrebataron a las gentes locales. Existió un no muy razonable proceso, en el cual estos inversores extranjeros, ayudados en cierta medida por representantes políticos locales, fueron poco a poco despojando de sus tierras y posesiones a numerosos campesinos, ignorantes todavía de que el verdadero valor de dichas tierras estaba muy por encima del que se les estaba pagando. Tampoco fueron pocos los pequeños propietarios de negocios que tuvieron que abandonar su tierra natal por la desorbitada subida de los precios a causa del turismo. Es decir, que tal y como podemos comprobar, el turismo dio dinero, mucho dinero, el problema es que no se lo dio a quien realmente lo

necesitaba. Se enriquecieron aún más los grandes empresarios extranjeros y los políticos avariciosos que vendían su posición por ganar más dinero.

Algo que llama mucho la atención dentro del desarrollo turístico que tuvo lugar en España, es ¿por qué escoger España? Hemos mencionado el buen tiempo y el mar, que hacían de la zona casi un paraíso, pero el abanico turístico que había en el mundo ya en los sesenta y setenta era muy amplio, y estas condiciones se podían encontrar también en otros lugares. Entonces, ¿qué es lo que diferenciaba a España del resto de países?

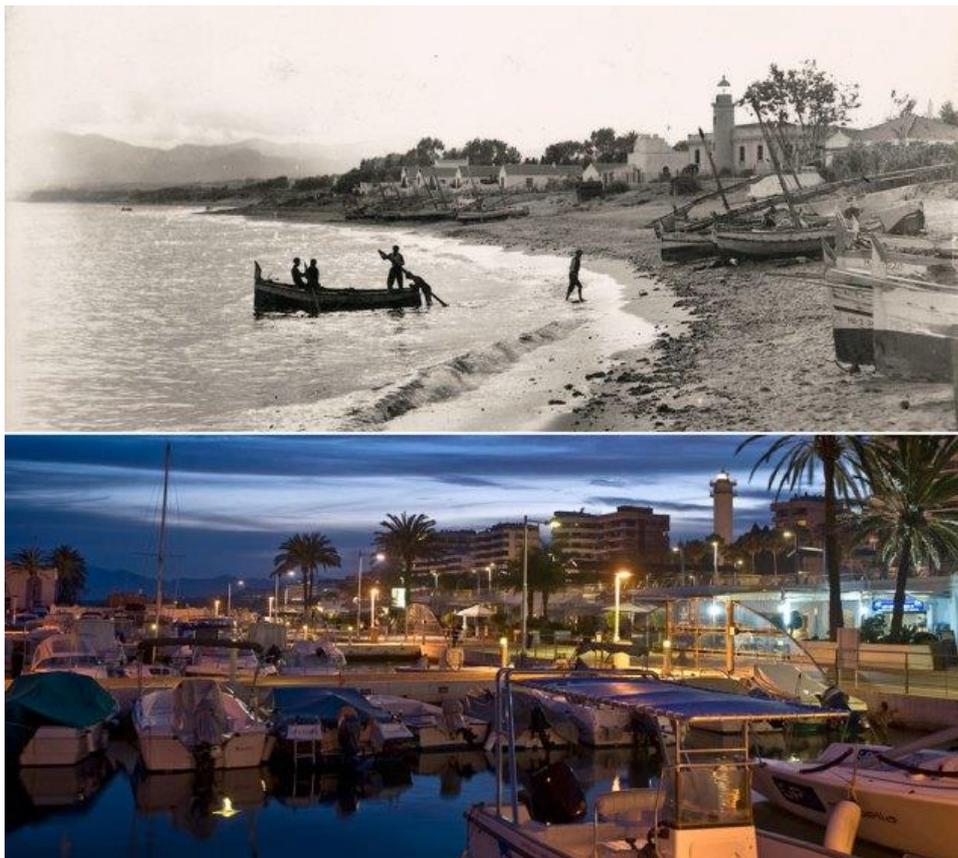
El desarrollo mundial de las ciudades, la globalización y la industrialización de la que eran testigo todas las ciudades de occidente en ese momento, estaban creando, a su vez, lo que Alicia Fuentes Vega define como “una visión rosseauiana del paraíso aislado de la civilización” (2017, 36). A medida que la forma de vida en las grandes ciudades se hacía cada vez más cotidiana y semejante, crecía también la idealización de los espacios rurales, se buscaba alejarse lo máximo posible de lo urbano, por lo tanto, el campo se convirtió en sinónimo de felicidad y liberación. Se trataba de un ideal de la vida agraria que hemos visto de manera reiterada como inspiración de numerosos autores a lo largo de la historia de la literatura.

Y España cumplía a la perfección las características de ese paraíso primitivista. La propia Alicia Fuentes Vega relata que “El campo español, que en los años cincuenta se encontraba entre los menos desarrollados del continente, va a ser un caldo de cultivo propicio para el desarrollo del imaginario primitivista relacionado con el mito del buen salvaje” (2017, 37), debido a la guerra y al sistema autárquico que estableció el régimen en el país. España sufría un gran atraso industrial respecto a sus vecinos europeos y americanos, y muchas zonas del país vivían enteramente de la agricultura, pesca o ganadería, como era el caso de los pequeños pueblos situados en el sur.

Se comenzó a glorificar la pobreza de los labriegos, y se llegó a pensar que era necesaria la ausencia de bienes materiales, más allá de los necesarios para sobrevivir, para poder alcanzar la paz interior. Ocurrió lo mismo con la falta de educación, y se consideró que a veces creaba más problemas en la sociedad de los que solucionaba. En otras palabras, se alabó la figura del buen salvaje, que era feliz con lo que tenía y no necesitaba más. Esta era una figura casi en extinción, imposible de encontrar ya en ninguna civilización medianamente globalizada; sin embargo, aún era posible encontrarla en las zonas rurales españolas. Así que se ensalzó cualquier tipo de

representación que simbolizara ese mito de lo primitivo, los campesinos arando o trabajando en sus campos, el aldeano anciano, los burros, que representaban el mayor medio de transporte en los pueblo españoles de la época, las mujeres lavando la ropa o yendo a por agua a las fuentes situadas en cada plaza de estos pequeños pueblos. Incluso se llegó a exaltar la imagen del botijo, que se convirtió en un souvenir más que cualquier turista podía llevarse a su casa para demostrar su incursión en el primitivismo español.

Esto hacia a España diferente a lo demás. Además de playas y sol, ofrecía a los turistas la posibilidad de viajar en el tiempo, de retraerse a esa ansiada e idealizada sociedad rural que parecía traer consigo la abstracción necesaria para muchos. Por su puesto, todo esto, antes de que los mismos que tanto idealizaran el país por su conservación rural y campestre, terminaron por convertirlo en todo lo que no soportaban, un espacio más de representación de la globalización.



Marbella antes y después del boom turístico.

3. La invasión turística en la novela española durante el franquismo

En el contexto social descrito anteriormente, encontramos un fuerte contraste entre la población española y los numerosos visitantes extranjeros que llegaban al país. Es lógico pensar que el choque cultural debió de ser bastante significativo. La moral anticuada y católica de los españoles quedó fascinada y horrorizada a partes iguales por la falta de moralidad que traían los turistas internacionales.

Dicho contraste, como movimiento significativo y relevante que fue para la sociedad española, pues no fueron pocas las ideas y libertades que introdujeron los extranjeros en la cabeza de los españoles, no tardó en ser llevado a la gran pantalla. Fue representada de tal manera que se creó un subgénero solo para denominar este tipo de películas, que intentaban representar la realidad de las costas españolas, introduciendo personajes extranjeros, las denominadas “españoladas” o “comedia sexy ibérica”. Pero el cine no fue el único medio en el que el boom turístico fue significativamente incorporado, sino que podemos encontrarlo también en numerosas novelas de los años cincuenta, sesenta y setenta.

A continuación, se mencionará una serie de novelas que nos servirán como una pequeña muestra de lo que podemos englobar dentro del género de la novela del boom turístico. Henry Pérez, en su tesis titulada *La novela del boom turístico español* (1982), argumenta que toda novela que esté dentro de este género ha de cumplir cuatro requisitos: “1) El haber sido escrita después de la guerra civil 2) que la acción haya ocurrido en una playa económicamente desarrollada 3) que el tiempo transcurrido sea, o incluya, el verano 4) que más de la mitad de la novela describa el turismo masivo en España” (1982, 4).

Sin embargo, no serán estos cuatro rasgos los únicos que podemos marcar como representativos dentro del amplio corpus de novelas que se hacen eco del boom turístico. Muchas de estas novelas ocupan largos párrafos en: descripciones de la reformada geografía costera española, en la exposición de la denominada como “España de pandereta” (1892, 13), o en la ilustración de los orígenes y desarrollo del turismo en la zona concreta en la que se va a desarrollar la trama. Pretenden mostrarnos esa gran diferencia entre el pueblo costero que fue en su día y la gran urbe turística en la que se

ha convertido, o en la explicación de la explotación económica que se llevaba a cabo gracias a la industria turística. En cuanto a los personajes, también podemos encontrar una serie de estereotipos, que transitan por las diferentes novelas de este género: “el turista extranjero, el turista nacional, el obrero turístico y el nativo de la zona turística receptora” (1982, 13). Las relaciones a las que da pie la unión de tan característicos y desiguales personajes, será el desencadenante de la trama de muchas de las novelas del género turístico.

Muchas de estas novelas tienen como trasfondo temático la crítica a la política turística que estaba adoptando el gobierno franquista. Un ejemplo de esta crítica podríamos verla por ejemplo en la novela *Spanish Show* (1965) de Julio Manegat, o en *Solo de moto* (1967) de Daniel Sueiro. Cada una a su manera, intentan retratarnos la cara más amarga del turismo, denuncian la impasividad del gobierno franquista ante la pobreza y falta de recursos con las que muchos españoles tenían que luchar a diario. Intentan poner al descubierto cómo se cubría esta realidad esta realidad con el fin de mostrar una España perfecta a los extranjeros ricos que venían a disfrutar y gastar su dinero.

Otro de los objetivos que persiguen estas novelas era mostrar lo que Gómez Trueba denomina como “agravio comparativo” (2021, 20), causado por la convivencia de sociedades que forzó el boom turístico. Como bien vemos en *Paralelo 40* (1963), de José Luis Castillo Puche, y su protagonista, que trata de buscarse el favor de los americanos. En relación con las diferencias que esta convivencia de la que hablamos puso en relieve, encontramos otra novela que lo muestra bastante bien, *Parte de una historia* (1967) de Ignacio Aldecoa, en la que un grupo de americanos se ve obligado a pasar un tiempo en una isla española, y durante ese periodo dejan clara constancia de su vida extravagante y libertina, totalmente ajena a los habitantes de la isla.

En *¡Solo diecisiete años!* (1969) de Alfonso Paso, y *Au revoir Torremolinos* (1971) de Fernando González-Doria, encontramos, de nuevo, un contraste entre dos moralidades totalmente adversas, pero en este caso tratando un tema más concreto, el de la libertad sexual. En la primera de las novelas, nos topamos con un punto de vista totalmente liberal, mientras que en la segunda lo que vemos es una crítica a la promiscuidad y libertinaje que algunos extranjeros traían a España.

Por último, cabe mencionar dos novelas que tratan el tema de los estereotipos, *Las europeas* (1970), de Francisco Umbral, y *El gran momento de Mary Tribune* (1972), de Juan García Hortelano. Ambas nos muestran el estereotipo de la mujer extranjera, guapa y admirada por los hombres españoles y, a su vez, vemos también en ellas el mito del macho ibérico, como conquistador de mujeres extranjeras inocentes.

A través de esta serie de novelas, hemos podido ver, tal y como dice Gómez Trueba, que “el español se mirará en el espejo del extranjero” (2021, 32) y de esta manera va creando una identidad propia. O más bien, una identidad nueva, sin prohibiciones y adecuándose a lo que vivían el resto de las sociedades europeas.

4. Dos novelas sobre el turismo en Torremolinos

En este capítulo nos centraremos en contextualizar las novelas que vamos a contrastar de forma pormenorizada en este trabajo. Hablaremos de sus respectivos autores y de los corpus literarios que nos han dejado. Asimismo, dentro de cada uno de ellos trataremos de localizar las dos novelas que nos incumben, y el porqué de su relevancia para el desarrollo de esta investigación.

4.1 James A. Michener y su pasión por España

En primer lugar, hablaremos del novelista americano James A. Michener, autor de *Hijos de Torremolinos* (1971). Nació en 1907 en Doylestown, y falleció en octubre de 1997 en Austin, dejándonos una larga lista de aclamados títulos.

Antes de dedicarse a la escritura, estudió inglés e historia y trabajó como profesor en diferentes universidades. Su carrera literaria comenzó durante su participación en la II Guerra Mundial como teniente de la marina de Estados Unidos. Este hecho le sirvió de inspiración para publicar su primera novela, *Cuentos del Pacífico Sur* (1947), un libro de relatos breves que le hizo ganar el Premio Pulitzer de Ficción en 1948 y un enorme éxito. Después de este gran triunfo, continúa publicando novelas como *Hawaii* (1959), la historia de cómo los pueblos hawaianos lucharon por mantener sus raíces tras la llegada a las islas de los misioneros estadounidenses, o *Centennial* (1974), donde nos narra la historia del oeste americano desde sus inicios hasta la actualidad. Escribió en total cerca de cuarenta novelas, y podríamos considerarle escritor de novela histórica, ya que en muchas de ellas su intención es contarnos algún hecho histórico reseñable o simplemente la historia de ciertas zonas del mundo. En muchas ocasiones, narra estos hechos históricos insertando algún personaje ficticio en ellos, con el fin de describirnos mejor la cotidianeidad y los lugares en los que ambienta sus obras.

Michener escribió *Hijos de Torremolinos* en 1971. En esta obra nos presenta a seis jóvenes de distintas partes del mundo y con pasados totalmente dispares, que por motivos diferentes en cada caso, acaban reuniéndose en Torremolinos. A partir de este punto comenzarán un viaje por España, el Algarve, Mozambique y Marruecos. Durante este viaje intentarán buscarse a sí mismos mientras le sacan el máximo partido a su juventud.

La mayor parte de la novela tiene lugar en España, ya que durante su recorrido, los seis jóvenes, no solo disfrutarán del sol y la costa española en Torremolinos, sino que vivirán una de las fiestas más famosas y antiguas del país, los Sanfermines. Y es que Michener fue un gran entusiasta y seguidor de la cultura española. Tal y como Weaver Wesley nos narra en su artículo “Extremadura y Yuste en la imaginación norteamericana” (2010, 389-390), el primer viaje de Michener a la península tuvo lugar cuando era un joven de apenas 18 años, y decidió seguir el viaje de un barco que transportaba carbón de Reino Unido a Italia y que, a su vuelta, paraba en la costa de Burriana a recoger naranjas. Y, precisamente, esta fue la primera visión que Michener tuvo de España, la de unos campesinos que tenían que trasladar las naranjas hasta el barco en pequeñas y humildes embarcaciones con su propia fuerza, puesto que Burriana no tenía puerto. Aquí, entró en contacto por primera vez con ese primitivismo, del que hablábamos en el capítulo anterior, y que tanto atraía a los turistas. Michener, como un turista más, quedó prendado por el tipo de vida que llevaba el pueblo español, y, desde este momento, se volcará en conocer todos y cada uno de los rincones de esta península que tanto le había fascinado.

En su obra *Iberia: Spanish travels and reflections* (1968), una especie de relato ilustrado, narra con todo detalle las peculiaridades de la cultura española y la estrecha relación que forjó con ella a lo largo de un viaje en el que recorrió todo el país. Roberto Fuentes Manjón, en un artículo en el que analiza la novela nos dice: “*Iberia* revela aspectos inéditos de la nación a través de la confluencia de diversas perspectivas” (2016, 39). Es decir, que Michener quería mostrarnos todas las caras de la España del momento, desde campesinos hasta nobles, con el fin de darnos una visión totalmente real y fundada en hechos.

Ya desde el prólogo del libro, podemos ver como el autor muestra una profunda atracción y afecto por esta tierra tan desconocida para él:

Porque España es un misterio, y yo no estoy seguro de que los mismos que viven en la península y nacieron allí lo entiendan mejor que yo. Sin embargo, no cabe duda de que todos amamos esta tierra agreste, contradictoria y apasionadamente bella. (Michener, en Fuentes Manjón, 1968, 39)

Además de quedar totalmente seducido por el gran contraste cultural que supone entrar en contacto con un país como España viniendo de América, y el desconocimiento

que el mundo muestra hacia dicha cultura, el autor habla de España con un gran cariño. Lo que este país despertó en Michener no fue una mera curiosidad, sino que hablamos de un interés real por desengranar las claves históricas que han forjado un país como España.

Ya en el cuerpo de la obra nos encontramos afirmaciones del propio Michener como la siguiente:

Estoy convencido desde hace mucho tiempo de que cualquiera que se interese por el aspecto místico o romántico de la vida acaba, tarde o temprano, por formular su punto de vista sobre España, porque de la misma manera que esta formidable península se adentra físicamente en el Atlántico y se mantiene aislada, el concepto de España penetra en la imaginación filosóficamente, creando efectos y planteando cuestiones distintas a las evocadas por otra naciones. (Michener, en Fuentes Manjón, 1968, 38-39)

La curiosidad que España fue capaz de levantar en Michener, él mismo creía que sería algo común a cualquiera que entrara mínimamente en contacto con la cultura del país, pues la consideraba tan sumamente especial y diferente al resto de culturas conocidas, que resultaría imposible que no quedara absorbido por completo por la idea de indagar más y más en sus raíces. Roberto Fuentes en su artículo define la obra de Michener de manera muy acertada: “Este anhelo por encontrar los rasgos que hacen único a este país en Europa, que no son sino el reflejo de su espíritu y esencia es, precisamente, lo que trata de captar Michener en *Iberia: Spanish Travels and Reflections*” (2016, 38).

5.2 Ángel Palomino, el novelista que promocionó el turismo español

Ángel Palomino, autor de la novela objeto de estudio, *Torremolinos Gran Hotel* (1971), nació en Toledo en 1919, donde vivirá hasta 1935, año en el que se traslada a Madrid para comenzar la carrera universitaria de Ciencias Políticas. Sin embargo, cuando en 1936 estalla la Guerra Civil, dejó la universidad y comenzó su carrera militar en la Escuela de Infantería de Madrid. Alcanzó el grado de oficial, y tras comandar algunas tropas en el norte de África, fue profesor en la Academia de Infantería de su ciudad natal.

Dejando su etapa militar de lado, comenzó otro período de su vida totalmente diverso, esta vez como ejecutivo de empresas turísticas. En torno a los años 50, da comienzo su camino en el sector empresarial, más en concreto en la industria hotelera. Debido a que vivió de lleno el boom turístico que arrasaba España entre los años 50 y 60, pudo convertirse en un hombre de negocios como director de hoteles de lujo, y viajar por toda Europa, América y parte de África. Su éxito en la industria hotelera fue bastante notable puesto que consiguió ascender hasta director general de la cadena de empresas hoteleras Meliá, que actualmente cuenta con hoteles en más de 41 países alrededor del mundo.

La escritura y la literatura siempre estuvieron presentes a lo largo de la vida de Ángel Palomino. Comenzó a escribir muy joven. Como hemos mencionado, también fue periodista y autor de varias novelas, y compaginó sin dificultad esta faceta de su vida con las mencionadas anteriormente, por lo que podríamos decir que fue un hombre polifacético. Como periodista fue colaborador en varios periódicos, como el *ABC* o *El Alcázar*, y también en algunas revistas como *Ya* o la revista humorística *La Codorniz*. Además, trabajó en varios programas de televisión, elaborando guiones para ellos, y alguno también para películas cinematográficas.

En cuanto a su vida como escritor, fue autor de cuentos, tanto infantiles, como *Informe a la superioridad* (1983), como *Plan Marshall para cincuenta minutos* (1978). Y como novelista cosechó su primer éxito con *Zamora y Gomorra* (1968), la cual fue galardonada con el Premio Club Internacional de Prensa. Se trata de una obra en la que con gran ironía crítica de forma rotunda la murmuración y el cotilleo, una de las prácticas que provocan mayor vicio entre la población de pueblos pequeños. En

ocasiones, dicha práctica puede resultar divertida pero, en otras, puede ser bastante dañina y cruel.

Tras esta obra publicó otras tantas, como la popular *Madrid costa Fleming* (1973). En esta novela Palomino nos transporta a uno de los barrios de mayor nivel económico de Madrid en los años 70, concretamente a un edificio de viviendas recién construidas, alrededor de las cuales se teje toda la trama de la obra. El centro de este barrio se conocía como Costa Fleming, de ahí el título de la novela, y adquirió su fama por ser el lugar en el que se abrieron numerosos bares de alterne. La prostitución y otras ilegalidades serán la base para crear conflicto entre la sociedad creada por Palomino en esta novela. Otra obra interesante de Palomino, en relación con el tema que nos ocupa, es *Carta abierta a una sueca* (1974), en la que explica el mito que se creó en torno a las turistas suecas que visitaban las playas de la Costa del Sol. Hace una clasificación de los tipos de suecas que existían y cómo comportarse ante cada una de ellas. Pero, sin duda, de sus obras, la que mayor éxito alcanzó fue *Torremolinos Gran Hotel* (1971). Gracias a ella nuestro autor se hizo con el Premio Nacional de Literatura Miguel de Cervantes en 1971 y llegó a ser finalista del Premio Alfaguara.

A las obras anteriormente citadas, debemos sumarle el amplio conocimiento que muestra el autor sobre los acontecimientos históricos que vivía España en esa época. Dicho conocimiento lo vemos reflejado, de manera abundante, en algunos de sus ensayos, como *Caudillo* (1992), en el que nos intenta mostrar la parte más humana de la figura del general Francisco Franco, o *Defensa del Alcázar. Una epopeya de nuestro tiempo* (1995), obra cuyo fin es alabar una de las victorias del bando sublevado, el asedio al Alcázar de Toledo, que según Palomino fue conseguida gracias a una acción heroica. Evidentemente, en estas obras vemos claramente reflejada la ideología del autor, quien apoyaba con total convicción el régimen de Franco. Santiago Sastre realizó un artículo en el periódico *ABC* en el que recordaba al autor y, en cierto modo, intentaba darle voz. Defiende Sastre, en dicho artículo, que es injusto que la ideología se interponga a la hora de juzgar una obra literaria, y es que nos es fácil pensar que fue esa misma ideología la que hizo que Palomino no fuera muy bien visto por la crítica y quedara excluido del canon tras el franquismo.

En la obra que nos atañe, *Torremolinos Gran Hotel* (1971), Ángel Palomino se sirve del amplio conocimiento que le brindó su trabajo respecto al funcionamiento de la

industria turística y hotelera. Tal y como nos indica el título de la novela, lo que encontraremos en ella son una serie de historias que se entrelazan, y gracias a las cuales también podemos hacernos una extensa idea de cómo era la vida dentro de un hotel en la Costa del Sol.

La historia nos es narrada en tercera persona y con un tono totalmente humorístico, lo que ya la distancia de manera significativa respecto a la novela del autor norteamericano. La trama nos presenta varios personajes totalmente diferentes entre sí, aunque todos ellos se van uniendo a lo largo de la historia en torno a la figura del director del hotel. Se nos presentan, por un lado, los trabajadores del hotel, y por otro, los clientes que vienen a disfrutar del lujo de dicho hotel, en el que se van a situar la mayor parte de las acciones de la novela. Nos damos cuenta a medida que avanza el relato de que estos personajes adoptan unos comportamientos totalmente diversos a los que mantendrían en sus lugares de residencia. Vemos cómo se convierten en estafadores que intentan no pagar sus deudas con el hotel, desvergonzados que únicamente piensan en la fiesta o ligones en busca de suecas rubias.

5. Análisis comparativo sobre la dualidad hispano/extranjero

A continuación, trataremos los puntos más relevantes que surgen en el contraste de estas sociedades tan dispares de las que venimos hablando durante toda la investigación. Hablaremos de la imagen que, tanto extranjeros como españoles, se crearon de las sociedades con las que entraron en contacto, pasando por aspectos como la religión y la libertad, o festejos tan conocidos como los Sanfermines.

5.1 Mirada extranjera ante la población española

“Torremolinos es distinto. Para los jóvenes, es la capital del mundo. Allí en una semana encontrarás más ideas que en Yale durante todo un año. Me refiero a las mejores ideas: las irrelevantes.” (1971, 31). Con estas palabras describe Michener Torremolinos al comienzo de *Hijos de Torremolinos* (1971). Con ellas podemos empezar a acercarnos a la idea que un turista extranjero tenía de Torremolinos, una capital llena de jóvenes en busca de esas ideas irrelevantes, es decir, aquellas que no van a destacar, con las que no vamos a cambiar el mundo, pero que, curiosamente hacen más felices a los seres humanos.

Todo aquel que viajara a Torremolinos en esa época soñaba con encontrarse exactamente lo que cada uno de los protagonistas de *Hijos de Torremolinos* (1971) describe a su llegada al pueblo: “Una playa interminable. Montañas que la protegen del viento. No es una ciudad. No es un pueblo. Es algo que nunca se había visto en el mundo. Te diré lo que es: un refugio en el que se puede huir de la locura del mundo. Aunque resulta que es una refugio talmente loco” (1971, 38). Así lo describe el narrador de la novela cuando nos presenta a Joe, un muchacho americano que busca exilio en Torremolinos para librarse de la guerra. Nos habla de lo que todos buscaban, buen tiempo y un refugio. Como ya hemos mencionado con anterioridad, lo que hacía a Torremolinos única era que en ella podías huir del caos, de tus responsabilidades, de la parte más seria de la vida, para toparte con esas “ideas irrelevantes”. Lo mismo que buscan los seis protagonistas que Michener nos presenta en su novela, huir de los problemas que les persiguen en sus países de origen. Es por eso, seguramente, que Michener eligió Torremolinos como punto donde poner en contacto a sus personajes.

Es también el caso de Britta, una chica noruega que huye de su país en busca de sol y nuevas experiencias que la saquen de su rutina. Esta nos dice: “Por una vez, los

carteles del turismo no habían mentido. El día era resplandeciente, había sol, y en el cielo se veían unas leves nubes, llegando del Mediterráneo, iban a posarse sobre las montañas” (1971, 73). De nuevo, nos topamos con un ejemplo más que nos destaca el sol y el buen tiempo, gracias a la geografía privilegiada en la que se encuentra Torremolinos. Pero además, en esta intervención vemos que lo que los jóvenes se encuentran es justamente el paraíso que les habían prometido, pues las agencias de viaje vendían un verdadero oasis. En relación con esto, es importante resaltar la gran ayuda que las agencias de viajes brindaron al desarrollo turístico, ofreciendo y vendiendo al turista una imagen simbólica de lo que se encontraría si viajaba a determinados lugares. Alicia Fuentes Vega menciona en su libro la idea de que “el turista quiere reconocer más que conocer” (2017, 23). Esto es lo que vemos en la intervención de Britta, quien reconoce a la perfección la imagen que ella traía de su país, una imagen que había visto mil veces repetida en las agencias de viajes, gente en bañador con la única preocupación de disfrutar del sol y la playa. La propia Britta lo describe más en profundidad con las siguientes palabras:

El trayecto de Málaga hasta Torremolinos duraba menos de veinte minutos, pero representaba un viaje de una civilización a otra: campos de golf aguardando al sol, pequeños restaurantes con terrazas al aire libre, atisbos de un Mediterráneo de tonos de zafiro, y sorprendentemente, un grupo de veintisiete rascacielos que marcaba el comienzo oficial de la población (1971, 73).

Lo que leemos en estas líneas es la descripción perfecta de paraíso vacacional, un paraíso hecho a medida del turista. Y es que, con los años, Torremolinos terminó por convertirse en una especie de parque de atracciones, creado para cubrir todo tipo de necesidades que al turista pudieran surgirle durante su estancia vacacional. Incluso los bares que frecuenta el grupo de amigos protagonistas de *Hijos de Torremolinos* (1971) están divididos por nacionalidades, con el fin de hacer sentir a los extranjeros como en su casa. Por la imagen que Ángel Palomino nos da al inicio de su obra del hotel en el que se sucederá toda la trama, podemos imaginarnos la magnitud de los edificios construidos: “seiscientos doce. Son las cenas servidas en dos horas y media” (1971, 11). Con estas cifras nos hacemos una idea de lo que estos hoteles suponían, gigantes llenos de servicios y personal a disposición del turista.

Y quienes llevaban a cabo el desarrollo constructivo de este parque de atracciones eran empresas extranjeras. Como ya se ha mencionado en capítulos

anteriores, fueron las empresas extranjeras las que más tajada económica sacaron de este boom turístico, ayudadas por el gobierno español que permitió la explotación total de la zona. Estas empresas industrializaron la costa sur de España hasta convertirla en la imagen que vemos actualmente. Sin embargo, por las descripciones que leemos en el libro de Michener, mientras sus protagonistas viajaban hacia Portugal, nos damos cuenta de que ya en los años 70 España era una representación de la industrialización masiva y desproporcionada: “Y todo era feo, de una fealdad que rebasaba los efectos del simple azar. Parecía como si España hubiera invitado a su rincón sudoriental a una asamblea de los peores arquitectos del mundo y le hubiera dado un encargo: Transformen esta costa en una apoteosis de fealdad” (1971, 371). Así nos describe el narrador el paisaje costero español que sus personajes se van encontrando antes de llegar a Portugal, un paisaje totalmente deformado, en el que ya no quedaba ni rastro de la belleza que un día tuvo. Es decir, el propio Michener parece querer dejar testimonio en su novela de los horrores que el boom inmobiliario, consecuencia del desarrollo turístico, había dejado a su paso en su admirada geografía española.

Hablamos también anteriormente de la parte negativa que esta industrialización tuvo para el pueblo español, y Michener, de nuevo, lo describe a la perfección:

Los edificios que destruían el paisaje estaban siendo erigidos, no para españoles sino para belgas y alemanes y suecos, que, en sus ciudades natales, construían bellos hogares. Cuando la franja de cemento quedara terminada, sería poblada, no por españoles que buscasen el mar sino por adinerados extranjeros que utilizarían la zona como su lugar de diversión. Pocas familias se fundarían en esta fealdad, y las que se fundaran no hablarían español. (1971, 372)

Además de ser las empresas extranjeras las que se llevaban los beneficios económicos de construir la costa española, estos constructores despojaban de sus propiedades a los españoles para construir sus propios lugares de disfrute y diversión.

Esa es la visión que los extranjeros tenían de Torremolinos, una ciudad paraíso, a la que recurrían para desahogarse o desestresarse de la carga que les suponía su vida de verdad, la que dejaban en sus ciudades de origen. Entendían Torremolinos como un lugar en el que podían hacer y deshacer a su antojo, y esta idea lo único que hacía era acrecentar la superioridad que los extranjeros sentían respecto a España y su población en general. Alicia Fuentes Vega nos dice que podría parecer un tanto contradictorio

el hecho de sentir superioridad hacia un lugar que admiras, y que servía de vía de escape para muchos. Pero, como mencionábamos al inicio de la investigación, lo que más gustaba al turista de España era su primitivismo, que le permitía hacer un viaje en el tiempo y huir del caos de la globalización. Y es que, en realidad, es ese mismo primitivismo el que hace a los extranjeros sentirse superiores respecto a la población española. Pues para echar de menos el primitivismo es necesario vivir en una sociedad totalmente desarrollada, y esto provoca que, tal y como dice Fuentes Vega, el escapista que viaja en el tiempo conserve siempre su posición de sujeto cultural y económicamente superior respecto a la sociedad rural en la que busca exiliarse (2017, 211-212).

Tras leer la obra de Michener, podemos observar rasgos de esta superioridad en el hecho, por ejemplo, de que no aparezcan casi españoles, a pesar de que la mayor parte de ella se desarrolla en territorios de nuestro país. Por el contrario, como más adelante veremos, mientras que en la obra escrita por el escritor español Ángel Palomino, desde el inicio, nos encontramos con personajes españoles, en la novela de Michener, aparecen únicamente dos personajes autóctonos con algún diálogo, un fabricante de guitarras de un pequeño pueblo de campesinos, y Raquel, la mujer que regenta la taberna en la que los seis jóvenes protagonistas se alojan durante los Sanfermines. Ambos personajes son descritos como personas de clase baja, pobres y catetos: Raquel, quien interviene un poco más durante la obra, nos dice en una de dichas intervenciones que no sabe dónde está Afganistán. Y, además, el narrador la describe como una mujer gorda y nada guapa, al contrario que las protagonistas de la novela, que nos son descritas como grandes bellezas. En la obra de Michener todos los personajes de relevancia son extranjeros, mientras que los españoles aparecen como meros figurantes de ese parque de atracciones que era Torremolinos, con el único fin de dar mayor credibilidad a su estancia en España. Sin embargo, en *Torremolinos Gran Hotel* (1971) no solo son españoles los trabajadores que brindaban servicios al turista extranjero, sino que también aparecen turistas españoles, que bajaban al sur para disfrutar de los mismos servicios que los extranjeros. Vemos esa superioridad en como el autor americano se sirve solo de personajes extranjeros para crear su novela, relegando a los españoles a un segundo puesto. No se les tiene en cuenta a la hora de relatar las partes importantes de la novela.

Cuando Joe llega a Torremolinos, observa la población que hay a su alrededor, y nos dice que lo primero que le llama la atención es la enorme cantidad de chicas guapas. Pero además, mezclados con estas, también observa un gran número de jóvenes, algunos deambulando por la calle en busca de la siguiente fiesta a la que acudir, otros paseaban dejando ver libremente su orientación sexual. Y por último, en menor número, unos cuantos españoles. Nos dice que probablemente fuesen obreros o intermediarios intentando vender algún terreno a las grandes empresas extranjeras. De ahí se extrae que, para el autor norteamericano, estas eran las dos únicas cosas por las que un español podría estar en ese momento en Torremolinos. En definitiva, ningún español pintaba nada en la Costa del Sol a no ser que fuera para dar un servicio al turismo extranjero. Además, nos dice que los españoles son reconocibles por su cara de extrañeza ante tantos jóvenes *hippies* y libertinos que invadían el país, dándonos a entender que la población española no entendía el mundo moderno, y vivían muy atrasados respecto a los turistas extranjeros que llegaban a sus costas. De nuevo, podemos apreciar esa superioridad de la que hablamos en los pensamientos que Joe tiene al observar a la población española.

5.2 Mirada hispana ante la población extranjera

En este punto, ya no hablaremos solo de una superioridad intelectual o de un desarrollo superior por parte de la población extranjera, sino que debemos ser conscientes de que también se trataba de una superioridad numérica de población. Aunque la mayoría venían con una fecha de vuelta ya programada, existía un flujo contante de nuevos turistas que llegaban a la costa para cubrir los puestos de quienes se iban. Tal superioridad numérica de población extranjera provocó que la población española llevara a cabo una asimilación casi total de la mezcla de culturas que se creó.

Una muestra, quizás la más relevante, de esta apropiación fue la lengua. En ambas novelas somos testigo de cómo se menosprecia la lengua española, y se relega a un puesto casi invisible. Era el único lugar de España en el que no era necesario hablar español para comunicarte. Pocas páginas tenemos que avanzar en la novela de Michener, para que nos deje claro que el español no era una opción en Torremolinos. Joe mantiene esta conversación con un hombre que se encuentra sentado en un bar:

- ...¿Hablas algún idioma a parte del inglés?
- Español
- Eso no cuenta
- ¿en España? ¿no cuenta?
- No estamos en España. (1971, 42)

Tal era la absorción de culturas, que Michener se atreve a afirmar que Torremolinos no pertenece a España. Sin embargo, el autor americano no es el único que confirma la irrelevancia del español en la Costa del Sol. El narrador de *Torremolinos Gran Hotel* (1971) afirmará: “Entra el jefe de recepción, José Luis Herrera, muy correcto, sonriente, cortes y de aspecto impecable. Habla francés inglés y alemán. El español no se cuenta” (Palomino, 1971, 114). Resulta bastante curioso que para considerar apta a una persona, y poder desarrollar un trabajo en su propio país, necesitara cualquier idioma que no fuera la lengua oficial de dicho país.

Pero es que el inglés, el alemán o el sueco, no eran solo meros medios de comunicación, podríamos decir que eran consideradas lenguas oficiales en Torremolinos. Todo lo que había en el pueblo se encontraba traducido: “Los letreros de las tiendas, también en alemán. O en sueco” (Palomino, 1971, 38). Al fin y al cabo, podríamos considerarlo normal, teniendo en cuenta que el porcentaje de extranjeros era

muy superior al de españoles y, por lo tanto, serían ellos lo que realizarían mayor número de compras en los negocios. Hasta tal punto llegaba la absorción de lenguas extranjeras, que el propio Palomino narra lo siguiente en su novela: “La misa es poliglota. El cura, malagueño, hace algunas indicaciones en francés e inglés” (204). Si hace hincapié en que era malagueño, es de suponer que no era precisamente fácil encontrar a un español, en los años 70, que hablara inglés o francés, más aun tratándose de un cura. Visto así, podría parecernos bastante llamativo que hasta una misa se diera en diferentes idiomas, pero no debemos olvidar que Torremolinos se había convertido en el lugar vacacional perfecto para extranjeros, gracias a cambios como estos. El fin de todo ello era conseguir que los extranjeros estuvieran lo más cómodos posible, y quisieran volver a la costa española cuanto antes.

Sin embargo, no todos estaban de acuerdo con este plan de modificación a favor de los extranjeros. Ángel Palomino muestra también algún personaje disconforme: “El camarero es un muchacho rubio, con cara de monaguillo y cuerpo de adolescente vikingo, inútil aun para guerrear, larguirucho y flaco. No entiende a Ramón; es danés” (1971, 87). La descripción podría ser perfectamente la de cualquiera de los protagonistas de *Hijos de Torremolinos* (1971), extranjeros que trabajan en un bar sin saber ni una palabra de español. Tras la mencionada intervención, Ramón se enfada, pues según él, estos extranjeros quitan el pan a los españoles, cuando ni siquiera son capaces de entender bien lo que se les pide. Aunque debemos tener en cuenta que el personaje de Ramón es uno de los pocos españoles que podríamos encontrar en la costa.

En relación con el tema de la lengua, y las diferencias que esta provocaba, hay otro tema que resulta interesante. En *Hijos de Torremolinos* (1971) se nos presenta el personaje de Gretchen, una joven americana que sufre abusos policiales tras participar en una revuelta política. Al no recibir el apoyo de sus padres para luchar contra los abusos que ha recibido, decide marcharse del país. En Gretchen, encontramos muchas de las características que cumplían los jóvenes *hippies*, entre ellas, tocar la guitarra. En uno de los capítulos de la novela, compra una guitarra a un artesano español y toca algunas canciones para un grupo de campesinos. Lo que nos llama la atención es lo que Michener relata cuando comienza a cantar Gretchen: “...Y ella se sintió embriagada por la inconsolable soledad de la juventud y cantó el lamento de la muerte del conde Murray, y, aunque los campesinos no podían entender una sola palabra de lo que decía, sabían que su canción expresaba el fenecimiento de algo bueno” (1971, 290). Gretchen

canta sus canciones en inglés, por lo tanto, es totalmente imposible que un campesino español de los años 70 entendiera algo. Sin embargo, nos dice Michener que sabían lo que expresaba Gretchen con su canción. La música es un arte capaz de transmitir muchos sentimientos; no es necesario que entendamos la letra de una canción para que nos haga sentir felices o tristes.

En el caso de Gretchen y sus canciones, podemos pensar que, además del poder de la música, existe una relación mayor que ayuda a que los españoles comprendan sus emociones. Los restos de la Guerra Civil que había arrasado España tan solo unos años atrás aun podían sentirse muy vivos entre la población. El sentimiento de soledad entre los jóvenes era algo muy común, muchos de ellos habían crecido huérfanos, rodeados de pobreza y, cuando eran capaces de pensar por sí mismos, se sentían incomprendidos en una lucha contra un gobierno que no hacía más que acallar las voces de revuelta. También es fácil pensar que comprendían a la perfección el sentimiento de “fenecimiento de algo bueno”, pues la libertad de los españoles se vio totalmente limitada al finalizar la guerra.

Tras leer y analizar ambas novelas, me surge una duda: ¿Estamos ante una apropiación cultural por obligación de la total superioridad extranjera?, o ¿se trata de una apropiación con el fin de aprovecharse de dicha superioridad? Es innegable, tal y como ya hemos dicho, que los extranjeros sentían esa superioridad, ellos mismos se veían como una sociedad mucho más desarrollada ante los españoles. Sin embargo, en *Torremolinos Gran Hotel* (1971) podemos ver como al propio gerente del hotel, en el que se desarrolla la historia, siendo de nacionalidad española, no le importa venderse a las exigencias del turismo extranjero con tal de conseguir clientes.

Durante toda la novela, el narrador nos describe su hotel como un coloso que nunca descansa, ya sea de noche o de día. Por dentro siempre tiene en funcionamiento su maquinaria y su personal, pues el turismo tampoco descansa nunca, y los hoteles, que se deben a su público, deben estar siempre preparados para satisfacer la voluntad de los turistas que llegaban a España esperando conocer lo que era la buena vida, el lujo que los hoteles de la costa ofrecían a buen precio.

Según indica Alicia Fuentes, “uno de los motivos visuales que se asocia con el cliché de la buena vida es el del camarero” (2017, 263). Figura, que aunque no tiene un papel relevante en la obra de Palomino, la vemos representada constantemente, en casi

cualquiera de las partes del hotel a la que el narrador haga referencia: bar, restaurante, habitaciones, piscina... En todos ellos podemos encontrar algún camarero cumpliendo con su servicio al cliente. Esto se debía al interés por parte del propietario del hotel de hacer sentir al turista el ambiente del lujo. La jerarquía, los uniformes, lo ostentoso que encontramos alrededor de la figura del camarero, todo ello tenía un función, la de implementar el supuesto lujo.

Los hoteles modificaban incluso su estructura a demanda de las preferencias de los turistas. Según Alicia Fuentes Vega, una transformación visual que acompañó al boom turístico fue el reemplazo de las playas por las piscinas, pues estas eran un buen lugar de socialización y diversión aún más cercanas a los hoteles. Y a las piscinas, se suman además, los iconos tropicales como las palmeras y todo aquello “que se consideraba un símbolo de lujo y de buena vida” (2017, 226). En una de las descripciones del exterior del hotel de *Torremolinos Gran Hotel* (1971) podemos leer lo siguiente:

...al fondo del jardín, camino de “La Cabaña Hawaiana”. Van a tomar un zumo de naranja servido por “auténticas jovencitas polinesias” del Soho de Londres que disfrutaban unas provechosas vacaciones en España a cambio de servir combinados de ron y otras bebidas de bucanero en aquel escenario de bambú, máscaras de dioses de guardarropía, barbacoas y hielo en cubitos, bajo las palmeras, junto a las olas de este mar civilizado, sin surf, sin coral, sin tiburones. (1971, 127)

Lo que vemos en dicha descripción es un hotel que se ajusta a la perfección a la demanda de las modas que traía consigo el turismo. Lo vemos en la figura del camarero y en la creación de estos espacios exteriores imitando zonas tropicales: ambos recrean lo que no son con el único fin de atraer la mayor cantidad posible de clientes que aportaran más dinero al negocio hotelero. Por lo tanto, esto nos puede hacer pensar que también existían personas, que se acomodaban a los gustos de los extranjeros por que sacaban un gran provecho económico de ello. En realidad este parece ser el caso de Luis Recalte, el director del hotel de *Torremolinos Gran Hotel* (1971), que incluso se aprovecha de lo llamativo que resulta el flamenco para los extranjeros, para darles una bienvenida al hotel con mujeres bailando.

Aunque hayamos hablado en mayor medida de la superioridad extranjera, y de la visión negativa que también respecto a la población hispana, los españoles también

veían los puntos de contraste con la población extranjera, y no siempre la engrandecían. Tal y como podemos leer en *Torremolinos Gran Hotel* (1971): “Cuatro españoles se emborrachan con su poquito de jolgorio, pero sin molestar a nadie. Dos americanos lo hacen procurando molestar lo más que pueden.” (1971, 11) En este caso, son los americanos quienes crean el problema y son tachados de maleducados e irrespetuosos, lo que deja al grupo de españoles por encima de los extranjeros. Como dice Hazel Tucker, “Los turistas no tienen el monopolio de la mirada” (Hazel Tucker en Fuentes Vega, 1971, 60) Los españoles también miraban y juzgaban los novedosos comportamientos de los extranjeros. Fuentes Vega señala que una de las cosas más satirizadas en viñetas y chistes era su vestimenta, cuyo choque con la tradicional forma de vestir hispana dio mucho que hablar.

5.3 Contraste moral entre poblaciones

Debido a la situación política de España, la mentalidad del país se había quedado muy anticuada. Todas las libertades que los países europeos y americanos habían ganado durante los casi 40 años que duró la dictadura franquista, fueron negadas a la población española. Por lo tanto, no resulta difícil imaginar la cantidad de diferencias que salieron a la luz cuando las poblaciones extranjeras comenzaron a habitar la costa española. Los extranjeros trajeron consigo una moral muy moderna y todas las libertades que esto suponía.

En los años 60 empezó a surgir en Estados Unidos el denominado movimiento *hippie*, caracterizado por reivindicar la libertad y la paz. Estos jóvenes *hippies* son los mismos que encontramos representados en algunos protagonistas de *Hijos de Torremolinos* (1971), como Joe, con su barba y su pelo largo, o Gretchen, quien se compra una *pop top*, la furgoneta más representativa del movimiento hippie. Miles de jóvenes como ellos, de todas las partes del mundo, introdujeron sus libertades en España creando un llamativo contraste moral. Por una parte, tenemos el tema de la sexualidad, prácticamente un tabú en España, pero un símbolo de total libertad para los extranjeros.

A excepción de Gretchen, todos los protagonistas de la novela de Michener llevan una vida sexual muy activa y promiscua. Britta nos habla abiertamente de sus prácticas sexuales con diversos hombres en su país, las cuales terminan por resultarla insatisfactorias, y se suman a la monotonía que hace que la joven decida abandonarlo en busca de nuevas experiencias, entre ellas también sexuales. Podemos usar, como otro claro ejemplo de la libertad moral alcanzada por los extranjeros, el caso de Mónica, una joven inglesa, que para mostrar su rebeldía a su padre se acuesta con diversos hombres, algunos mucho mayores que ella.

En *Torremolinos Gran Hotel* (1971), Palomino nos habla del caso de una chica inglesa que “A los quince años disimulaba ante las amigas su vergonzante virginidad y su falta absoluta de experiencia en el uso de alucinógenos” (1972, 327). Se vio obligada por la moda a experimentar en estos dos ámbitos y, tras hacerlo, nos dice el narrador que descubrió que no había aportado nada a su vida. Vemos, tras estas afirmaciones, la crítica del autor español a esta apertura de mente, que daba tanta importancia a experimentar con el cuerpo el máximo posible. Nos hace pensar que el sexo y las drogas se consideraban como las únicas opciones de diversión para muchos jóvenes en esa

época, y dejaban por completo olvidadas otras experiencias mucho más rutinarias, pero capaces de hacerles sentir tanto o más que una droga. Por lo tanto, lo que para unos era una forma de expresar su libertad y de diversión máxima, para otros era un total error. Lo que a esta chica le resulta vergonzante, es decir, no haber experimentado el sexo o las drogas, para muchos españoles de la época, criados en el seno de la mentalidad franquista, podrían resultar vergonzoso lo contrario, que con dieciséis años una joven hubiera experimentado con diversas drogas y fuera activa sexualmente.

En la novela del autor español se menciona en varias ocasiones que era mucha la gente en Torremolinos que se drogaba, en busca de experiencias fuertes o una diversión aun mayor, pero no se relata explícitamente el momento y las circunstancias en las que los personajes de la novela estuvieran consumiendo drogas. Sin embargo, en la novela del escritor americano los protagonistas consumen drogas en varias ocasiones, y estas se nos describen por el autor sin ningún tabú. En una de las múltiples ocasiones en las que se mencionan las drogas durante la novela, los personajes hablan de los hábitos que incitan a tomar mayor número de ellas.

-Hemos demostrado que no engendra el hábito

-Pero sí Torremolinos. Si permanecéis el tiempo suficiente en esta habitación, o en este pueblo... (1971, 331)

De esta conversación, podemos ver cómo llegan a la conclusión de que Torremolinos invita a drogarse, el ambiente que se ha creado en el pueblo incita a más gente a drogarse.

Pese a que, como hemos visto, estas libertades y desenfreno que trajeron los extranjeros fueron excesivas en muchas ocasiones, es cierto que con esa misma fiesta trajeron al pueblo español cosas positivas, como una mayor libertad. Y es que, teniendo en cuenta la represión y la censura bajo la que había vivido el pueblo español los últimos años de su existencia, entrar en contacto con la fiesta, la droga o una mayor libertad sexual supuso grandes cambios en su mentalidad. Tal y como dice Bonilla, en muchas ocasiones, el uso de una minifalda, de un bikini, o de poder ir a una fiesta cuando se quiera, fue un mayor símbolo de libertad que muchos mítines políticos clandestinos o que muchas huelgas.

Otro gran reflejo de libertad que trajeron los extranjeros fue el respeto hacia la homosexualidad, pues tal y como afirma Bonilla: “la Costa del Sol se convirtió en un edén para los gays y quienes tuvieran curiosidad por probar” (2007, 98). Una homosexualidad que en España aún era muy perseguida y repudiada. De hecho la Guardia Civil no tardó en comenzar sus redadas en los famosos locales de ambiente de Torremolinos, y en detener a sus visitantes por lo que ellos consideraban “conducta peligrosa” (2007, 99). Uno de los aspectos que según Bonilla molestaba mucho a la policía moral de la época era el adulterio. Si la fiesta y el turismo en masa ya facilitaban bastante que se produjeran numerosos adulterios, la cosa se facilitaba aún más cuando se abría el abanico sexual hacia el ambiente homosexual. Nuestro autor español, Palomino, escribe lo siguiente en su novela: “dos homosexuales daneses, hablaban de sus mujeres poniéndolas de vuelta y media” (1971, 91) La homosexualidad era algo que aún se escondía detrás de un matrimonio en la época, y estos daneses, y muchos otros, utilizaban lugares como Torremolinos para dejar ver su amor.

Debemos hablar también de un mito, el de las suecas, como otro de los grandes liberadores para la población española. Tal y como nos confirma Alicia Fuentes Vega, estas pudieron “contribuir no solo a relajar la reprimida sexualidad masculina, sino también a aumentar la conciencian de genero entre las mujeres” (2017, 294). Por supuesto, todo lo que supusiera algún tipo de cambio en la moral del pueblo español suponía también “un elemento perturbador para la moral católica tradicional” (2017, 294). Pero además, en esta ocasión los españoles no se quedan parados, y deciden utilizar esa liberación sexual y corporal que habían impuesto las suecas entre el pueblo español como un punto desde el que comenzar la desestabilización del régimen. Por lo tanto, la figura de la sueca, no solo fue vista como objetivo sexual por su gran atractivo, sino que también es vista como un “símbolo de libertad y democracia” (2017, 294).

Fue el cine el que mayormente popularizó “el mito de las suecas” y “el macho ibérico”, con las ya mencionada “comedia sexy ibérica”. Hasta tal punto llego a mitificarse la figura de la sueca que Palomino afirma en su novela: “En la Costa del Sol falta una estatua: el monumento a la Sueca Desconocida, a esa muchacha europea, ligera de ropas, de grasas y de perjuicios, casi nunca sueca, que tanto ha contribuido a la promoción turística de la zona” (1971, 170). Afirma que el boom turístico no fue solo obra de las majestuosas playas y el buen tiempo de la zona, sino que los cuerpos bonitos y las chicas guapas atrajeron gran parte de ese turismo, tanto extranjero como

autóctono. El mayor ejemplo de este “mito de las suecas” nos lo brinda Palomino junto con el personaje de Arturo, un hombre que realiza sus vacaciones al sur de la península con un único objetivo en mente, que repite contantemente durante toda la novela: conquistar a una sueca. En este personaje podemos ver claramente como las llamadas “comedias sexys ibéricas” han llenado su mente. Por una parte, con un estereotipo muy concreto de mujer, alta, rubia, delgada, que ha de conseguir sea como sea. Y por otro lado, con un estereotipo de hombre, el denominado como “macho ibérico”, un conquistador de mujeres extranjeras. Este representaba a un hombre que, básicamente, volcaba su autoestima y virilidad frente a los demás en la conquista de mujeres extranjeras. Nos dice Alicia Fuentes Vega que “la leyenda del macho ibérico puede leerse, entonces, como una herramienta psicológica que fomentaba la asimilación de las jerarquías y relaciones de poder sobre las que se sustentaba la industria hotelera” (2017, 309).

Sin embargo, como podemos imaginarnos fácilmente, estas libertades y excesos no cayeron igual entre la población española. Por su puesto, hubo quien en lugar de aprovechar estas libertades para debilitar el régimen, las criticó con ánimo de acabar con ellas. Aquellos en los que el régimen había calado más hondo vivían a gusto con Franco y su defensa de la estricta moral impuesta por la dictadura era total. Probablemente el mejor ejemplo de esta moral lo encontramos también en la novela de Palomino, con Paquita, la mujer de Arturo, con el que mantiene la siguiente conversación:

Paquita hace comentarios de señora limpia y honesta que lo pasa muy bien comprobando lo limpia y lo honesta que es entre tanta gente sucia y desvergonzada.

- Mira, mira qué pinta.

- Pues anda que ese payaso.

- Fíjate esa niña como soba al cochino de las gafas. (1971, 162)

Paquita es una mujer orgullosa de cumplir a raja tabla la moral franquista, y que observa horrorizada durante sus vacaciones el libertinaje que “los melenudos”, nombre que se les da en *Torremolinos Gran Hotel* (1971) a los jóvenes *hippies*, han traído a su tierra. Y no es la única con este pensamiento que podemos encontrar en la novela de Palomino. El autor con ellos nos deja claro su punto de vista respecto a los jóvenes que llenaban España de estas malas influencias: “A Arturo le ofende la existencia de los

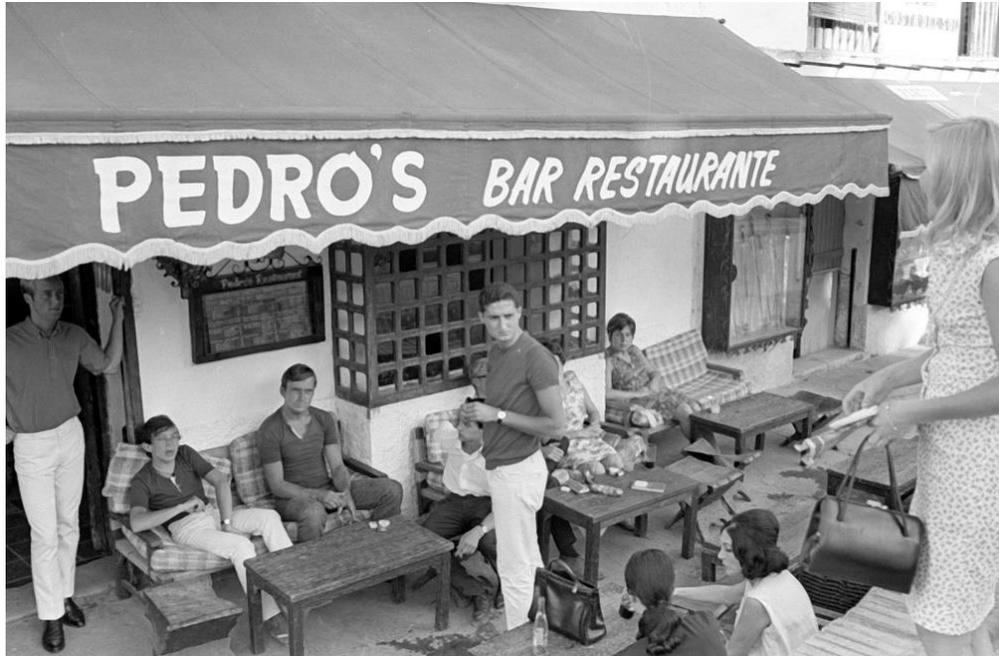
melenudos; quisiera verlos a todos trabajando en una mina de carbón o en el ferrocarril transahariano” (1971, 171).

Como hemos visto, a gran parte de la policía y censores que imponían una moral muy estricta en España, les desagradaba la invasión turística, pero les desagradaba solo una parte de dicha invasión. Resulta llamativa la siguiente afirmación que hace Michener en su novela: “Por alguna razón que nadie comprendía, la Policía española – una de las más eficaces de Europa- permitía, en aquel lugar, una libertad desconocida en cualquier punto de España” (1971, 361). Al propio autor le llama atención la repentina permisividad de una policía que no permitía a su pueblo algo tan simple como ver ciertas películas o leer algunas novelas consideradas como dañinas para la mentalidad de la gente. La mejor explicación para esta permisividad podemos considerar que fue el interés económico, pues al gobierno español le convenía permitir a los turistas extranjeros las mismas libertades que en sus países de origen, con el fin de hacerles sentir más a gusto. Un turista contento implicaba un mayor gasto de dinero. Sin embargo, dar libertades al turismo implicaba dar libertades a todo tipo de personas que llegaban a la costa, desde las ricas familias, que venían con la idea de disfrutar del sol y unas vacaciones tranquilas, hasta los jóvenes *hippies* que llegaban buscando las fiestas y el desenfreno prometido. Y estos últimos eran quienes suponían un problema para la policía moral española, de hecho, tan solo unas líneas después de la anterior afirmación del narrador de la novela de Michener, se nos dice lo siguiente:

Cada primavera, al iniciarse el alud que llenaba Torremolinos de turistas de todas las partes del mundo, la Policía tomaba medidas para limpiar el lugar. Recorrían toda la población, deteniendo a todo muchacho que llevase el cabello al estilo de Jesús, y a toda chica que pareciese que no se había lavado en tres meses. (1972, 362)

La Policía era permisiva, sí, seguramente tenía orden de serlo, pero siempre hasta cierto punto. Ni ellos querían aguantar los conflictos que se creaban debido a las actuaciones de “los melenudos”, ni tampoco querían que los turistas que llegaban a la costa tuvieran que convivir con ellos. Nos dice Langdon-Davies que hay que ser conscientes de que “en España la mendicidad ha sido muy perseguida en pro del turismo” (John Langdon-Davies en Fuentes Vega 2017, 175). Nadie quería que los turistas pensaran que Torremolinos era un sitio peligroso o conflictivo, no habría sido beneficioso.

Muchas de estas libertades y experimentaciones, tanto con drogas como en temas sexuales, se llevaban a cabo en los cientos de bares y discotecas que se abrieron a lo largo de la Costa del Sol. Como fue el caso del Pedro's, un bar que existió realmente en Torremolinos, y que, como dice Alberto Gómez, se puede considerar uno de “los nombres escritos con letras de oro en la breve pero intensa etapa de Torremolinos como referente de ocio”. Curiosamente, Palomino lo menciona en su novela: “Pedros's es conocido en todo el mundo. A Pedro's acuden los turistas como al “Flore” o al Palacio de Buckingham” (1971, 160). Es decir, si a otras ciudades y pueblos los turistas acuden por su historia, por su arte, por su arquitectura, para visitar los monumentos más representativos del lugar, en Torremolinos tenían el Pedro's. Los turistas acudían a este pueblo por sus fiestas, y su equivalente a un monumento histórico, que era este bar. Nos dice, además, Palomino que no todos los turistas que visitaban este bar lo hacían con un ánimo festivo, muchos eran padres preocupados en busca de sus hijos *hippies* que habían huido de casa; de hecho, estos podrían ser perfectamente cualquiera de los protagonistas *de Hijos de Torremolinos* (1971).



El bar Pedro's en Torremolinos.

5.4 Los Sanfermines como punto de contraste

Son muchos los escritores que han usado los famosos festejos de Pamplona en sus novelas: algunas más antiguas, como *El barrio maldito* (1925) de Félix Urabayen, *Plaza del Castillo* (1951) de Rafael García Serrano, otras más actuales, como puede ser *¡Oh, Janis, mi dulce y sucia Janis!* (2011) del autor Patxi Irurzun. Pero en esta lista de numerosos títulos, no solo encontramos autores españoles, sino que podemos encontrar diversas nacionalidades, el holandés Jan van Mersbergen, con su novela *Morgen zijn we in Pamplona* (2007) o *Death of a pilgrim* (2009) del irlandés David Dickinson. Sin embargo, entre todos estos autores hay dos nombres que destacan sobre los demás, uno es el de Ernest Hemingway y su novela *Fiesta* (1926), y el otro es James A. Michener y su novela, base de la investigación de este trabajo, *Hijos de Torremolinos* (1971).

La relación de Hemingway con Pamplona y, más en concreto, con los Sanfermines, se forjó en 1923, con su primera visita y desde entonces nos dice José Miguel Iriberrí Rodríguez que “Pamplona no se acabaría nunca para Hemingway. Y Hemingway nunca se acaba en Pamplona para cuantos le recordamos” (2020, 146). Tan estrecha llegó a ser la relación que el autor forjó con la ciudad, que la utilizó como espacio para desarrollar su novela *Fiesta* (1926). Nos dice Izu Belloso (2016, 929) que para crear la novela se inspira el autor en quienes le acompañaban en los Sanfermines y los sucesos que allí veía, y trata de describir los Sanfermines al detalle desde el punto de vista de un visitante. Además, confirma Belloso algo que hemos visto durante toda la obra de Michener: “Apenas hay personajes autóctonos individualizados, los pamploneses son solo figurantes al fondo de la escena”. Curiosamente nos encontramos con la misma superioridad en otra obra escrita por un autor americano.

Michener, el autor de *Hijos de Torremolinos* (1971), también fue seguidor de los Sanfermines, aunque en este caso solo dedica uno de los capítulos de su novela a dicha fiesta. Durante este capítulo, nos demuestra el autor americano que no solo Torremolinos era capaz de atraer turistas por sus fiestas y sus placeres, sino que tal y como dice Izu Pamplona se convirtió “casi en una prolongación de Torremolinos” (2016, 930). Como tal, en los Sanfermines encontramos fiesta, turistas, desenfreno y, curiosamente, también cierto lujo para los extranjeros. Ya hemos mencionado, anteriormente, algunos de los clichés de la buena vida que enumeraba Alicia Fuentes Vega en su libro, pero durante este capítulo se ponen en relieve dos ejemplos más de

esta buena vida a un escaso precio. Estos son, el vino y la comida, ambos nombrados repetidas veces por el autor durante la estancia de los jóvenes en Pamplona. Nos dice Fuentes Vega que “en muchos relatos el consumo de alcohol se encuadra dentro de un tipo de experiencia relacionada con la idea del viaje como aventura. Esta se expresa en la iconografía de la taberna como lugar donde confraternizar con el autóctono” (2017, 255). Esta afirmación refleja bastante bien la realidad que nos muestra Michener en su capítulo: los protagonistas entran a una taberna típica donde encuentran vino y comida a mansalva y, además, es en este lugar donde entran en contacto con la única persona autóctona de la obra que tiene algún diálogo, Raquel, la camarera.

Y, por último, hemos de mencionar la más importante de las características de la fiesta de los Sanfermines, los toros. Para bien o para mal, sin duda lo más llamativo de esta fiesta española son los polémicos encierros. Más que el desenfreno, el vino y la comida a buen precio, eran los toros quienes atraían cientos de turistas a las calles de Pamplona, con el fin de comprobar si de verdad se les dejaba correr por las calles del municipio conducidos por personas. Los toros son un festejo extraño, que desde el primer momento odias o amas. Seguramente serían miles y miles los turistas que, al igual que el abuelo de Yigal, uno de los personajes de *Hijos de Torremolinos*, consideran esta como una fiesta de cavernícolas, capaz de trasportarnos “a los tiempos de Nerón” (1971, 536), de la misma manera que otros tantos miles de turistas quedaron embelesados al ver su primer encierro, como le ocurrió a Hemingway.

Conclusión

Hoy en día España es una de las potencias turísticas mundiales, pero el camino recorrido hasta conseguirlo comienza a mediados del siglo XX, en pleno periodo franquista, cuando la forma de hacer turismo cambió por completo. Como hemos dicho, el turismo en España ya existía, en zonas del norte como Santander o San Sebastián, pero era un turismo dedicado a las elites del país. Este mismo tipo de turismo es el que se trata de trasladar, a mediados de los años 50, a la denominada Costa del Sol. Sin embargo, si observamos la costa mediterránea española actual, la imagen que nos encontramos dista mucho de esa primera idea del Marqués de Ivanrey. Con el paso de los años, esta concepción del turismo para unos pocos fue evolucionando hasta alcanzar la globalización actual.

No solo vamos a ver una transformación en la forma de hacer turismo, sino que también cambia el modo de vida de la zona. El turismo globalizado que encontramos hoy en día en la costa se inicia con un cambio económico. Todo aquel que tuvo oportunidad, intentó sacar provecho económico del boom turístico. Unido al cambio económico, llega la metamorfosis del paisaje físico de la costa: pueblos de pescadores casi deshabitados dan lugar a una masificación de hoteles y locales de ocio que saturaron el litoral. Como ya hemos comentado en el cuerpo del trabajo, calidad y cantidad se confundieron.

Esta nueva realidad turística trae consigo nuevos temas culturales, en el mundo del cine las denominadas “españoladas” y, a su vez, en el mundo de las letras se ha hablado de un nuevo género de novela del “boom turístico”, con unos temas y personajes novedosos y muy característicos. Género que en este trabajo hemos abordado desde la mirada de dos escritores, uno foráneo, y otro nativo: Michener y Palomino, quienes con sus obras nos muestran a la perfección los diversos contrastes nacidos a raíz de la llegada masiva de extranjeros a las costas españolas.

El primero de los autores, Michener, trata de mostrarnos una visión profunda de la realidad turística española, desde el afecto y atracción que sentía por España. Es la suya la perspectiva de alguien procedente de una cultura desarrollada y diferente. Este es el enfoque que nos muestra en su novela, dejando entrever cierta superioridad hacia la sociedad y cultura de nuestro país. En su obra, *Hijos de Torremolinos* (1971), encontramos la visión de Torremolinos como edén vacacional pero, a través de una

dualidad, la de la idealización del paraíso turístico y la crítica que nace al desmesurado crecimiento sin control. Por todo ello, el escritor norteamericano nos ofrece una visión que problematiza el fenómeno analizado.

Ángel Palomino, es conocedor de la España del siglo XX, pues ha vivido sus acontecimientos más importantes. Está directamente relacionado con la literatura y el turismo, lo que le capacita para darnos una visión muy real de lo que supusieron estos cambios para la sociedad española. En su obra, *Torremolinos Gran Hotel* (1971), vemos la convivencia del turista y el nativo, asumiendo el rol que a cada uno se le ha asignado. Este autor, no solo se hace eco, al igual que ocurría en tantas películas, de la superioridad económica y social de los extranjeros, sino que principalmente aprovecha su novela para hacer una crítica, desde el punto de vista moral, al desenfrenado modo de vida que estos llevaban en España. Pues es aquí donde el contraste entre la mentalidad anticuada de la sociedad española, ceñida a la dictadura, y la sociedad occidental de países desarrollados económica, social y políticamente, es más visible. En cualquier caso, hay que resaltar que el tratamiento que el escritor español da respecto al tema del turismo, quizás como consecuencia de su posicionamiento ideológico afín a la dictadura, es mucho más humorístico, ligero y aproblemático que el de su contemporáneo norteamericano.

Tras la lectura y análisis de ambas obras, podemos decir que, claramente, no todo lo que trajo el turismo fue positivo: transformaciones en el paisaje natural y contaminación, especulación económica, masificación turística, que derivó, en ocasiones, en ciertos problemas de delincuencia. Pero, por otra parte, debemos atribuir al turismo cosas como el crecimiento y desarrollo económico de estas zonas, lo que permitió a España ponerse al nivel de otros países europeos, la mejora de infraestructuras: aeropuertos, carreteras, hoteles. Tampoco debemos olvidar la entrada al país de nuevas ideas, que dieron pie a futuros cambios políticos. Y, por último, me gustaría resaltar la aparición de este nuevo género de novelas, apenas atendidas por la crítica, que diversos escritores proporcionaron a la sociedad, gracias a la nueva realidad sociocultural que estaban viviendo.

Bibliografía

- Alejos García, José (2006). "Identidad y alteridad en Bajtín", *Acta Poética*, 27 (abril-mayo), 1.
- Bajtín, Mijaíl (2000). *Yo también soy. Fragmentos sobre el otro*. México: Editorial Taurus.
- Ballester, Josep y Noelia Ibarra (2011). "Escenarios textuales de la alteridad: literatura y viaje", *Lenguaje y textos*. Valencia: Universidad de Valencia.
- Bonilla, Juan (2007). *La Costa del Sol en la hora pop*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara.
- Fuentes Manjón, Roberto (2016). "España como descubrimiento de la obra de James Michener *Iberia: spanish travels and reflections*", *Argutorio*, 36, 38-42. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5636682>.
- Fuentes Vega, Alicia (2017). *Bienvenido, Mr. Turismo: Cultura visual del boom en España*. Madrid: Cátedra.
- Gómez, Alberto (2015). "La época dorada de Torremolinos", *Diariosur* (Agosto 28). Recuperado de: <https://www.diariosur.es/costadelsol/201508/28/todas-noches-fiesta-20150828111343.html>.
- Gómez Trueba, Teresa/Janett Reinstadler (eds.) (2021). *Extranjeros, turistas, migrantes: Estudios sobre identidad y alteridad en las culturas hispánicas contemporáneas*. Madrid: Iberoamericana Vervuert.
- Iriberry, José Miguel (2020). "Pamplona y Hemingway, una historia interminable", *Pregón siglo XXI*, vol. 56, 143-146. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7610139>.
- Izu Belloso, Miguel José (2016). "Literatura Sanferminera", *Príncipe de Viana*, vol. 265, 919-949. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5841680>.
- Malcuzyński, Pierrette (2006). "Yo no es un O/otro", *Acta Poética*, 27:1, 17-40.
- Perez, Henry (1982). *La novela del "boom" turístico español*. University of Massachusetts.
- Sastre, Santiago/González Casero, Rafael (2011). "Recuerdo de Ángel Palomino". *ABC* (Octubre 16). Recuperado de: [bc.es/espana/castilla-la-](http://bc.es/espana/castilla-la)

mancha/toledo/abci-recuerdo-angel-palomino

201110160000_noticia.html?ref=https%3A%2F%2Fwww.google.es%2F.

- Taylor, Charles (2001). *El multiculturalismo y "La política del reconocimiento"*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Weaver, Wesley J (2010). "III. Extremadura y Yuste en la imaginación norteamericana", *Anuario de Estudios Filológicos*, vol. XXXIII, 385-399. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3401904>.